

Guido, siervo de Dios, hijo de la Iglesia, amigo de los hombres

Por Hermano Antonio Motta Simões, nov. OSB.

Era el año 2002. Mis amigos y compañeros en el camino de JESUS eran todos mayores, con hijos adolescentes. Me gustaba estar con ellos pero sentía falta de un amigo de mi edad, 29 años. Pedí entonces al Señor que me diese un amigo así. Y El, que escucha nuestras súplicas, me dió, en toda su delicadeza, uno que era apenas un mes más joven que yo: Guido.

Lo conocí en una fila de confesonario en la Iglesia de Nuestra Señora de Copacabana que ele frecuentaba desde muchacho. Simpatizamos luego y charlamos largo y tendido. Estaba preparandose para participar en la Jornada Mundial de la Juventud en Canadá. Formaba parte de un grupo de oración y de la Pastoral de los Enfermos en la Santa Casa de Misericórdia, en el centro de la ciudad. Me invitó para participar y acepté al instante. Cuando volvió de la Jornada Mundial nos encontramos de nuevo y me junté al grupo de voluntarios de la Santa Casa.

Já diplomado, médico promisor, sintió el llamamiento al sacerdocio y renunció al trabajo remunerado y al noviazgo. Médico de los cuerpos y de las almas: Esta era su verdadera vocación.

Guido era un joven brillante, inteligente, sencillo, siempre de buen humor, comunicativo, atento, paciente, sereno, muy caritativo y dedicado al Señor. Siempre haciendo el bien, siempre dandose e atendiendo a todos, a unos con problemas de salud física, a otros, de salud espiritual. Inclusive, si solicitado, a las altas horas de la noche

Y los estudios para el sacerdocio? Estaba ocupado como médico voluntario de la Santa Casa, colaborando en el servicio a pobres y enfermos, también con las Hermanas de Madre Teresa de Calcuta y en otras partes. Por eso tuvo permiso para diferir el ingreso en el Seminario y hacer los estudios en la Facultad de S. Bento. Se internaría en el Seminario solamente los dos últimos años de Teología.

Nunca lo vi desanimado. Su entusiasmo por las cosas de Dios, por el servicio a la Iglesia de Cristo era enorme, inquebrantable. Aun cuando le ponian dificultades, lo criticaban y perseguian no se desanimaba. Por el contrario, se alegraba por asemejarse hasta en eso a Cristo. En medio de las tribulaciones Dios lo consolaba y confirmaba que estaba en el camino verdadero.

Nunca lo vi hacer mal a nadie, ni a quien se lo hubiese hecho a él. A estos los bendecía. Nunca lo vi indisponerse con nadie ni hablar mal ni murmurar de los demás.

Como buen católico, participaba con especial amor de la Celebración Eucarística, rezaba fielmente la Liturgia de las Horas y amaba con pasión a Nuestra Madre y Señora. En honra de la Santísima Virgen, a quien se había consagrado, rezaba constantemente el Rosário.

Guido amó a Dios, a la Iglesia, a los seres humanos. Fué verdadero siervo de Dios, hijo de la Iglesia, amigo de los hombres.

Deseaba ardientemente ir al cielo, junto al Señor, al lado de la Virgen Madre, de los ángeles y de los santos. Cuando un anciano se quejaba de la vejez Guido respondia: Siento envidia de usted; quiere cambiar la edad conmigo? Pues deseo mucho ver llegar la hora de ir al cielo.

Austero, amaba el ayuno y vivía fielmente la penitencia cristiana.

Siempre, aun envuelto en absorbentes actividades, sacaba tiempo para la oración personal. Como JESUS que subía al monte para orar solitario con su Padre, Guido se retiraba con gusto para estar en silencio a solas con Dios, oír su voz y unirse a El más íntimamente.

Entre los muchos dones y virtudes Dios le dió el don de la palabra. En sus predicaciones hablaba como un profeta, con autoridad, inflamado por el fuego del Espíritu. Decía lo que vivía y vivía lo que decía. Ardiendo de celo por las cosas de Dios, decía la verdad directa y claramente; decía lo que debía decir-se. Sin el pernicioso respeto humano y sin faltar a la caridad.

Tenía un inmenso amor a la Palabra de Dios, un conocimiento amplísimo de la Sagrada Escritura. Citaba decenas de salmos e inúmeros textos de memoria.

Deus lo agració con el don de sanación y de libertación. No pocas veces, mientras predicaba o rezaba por alguien o en un grupo, acontecía una manifestación del enemigo. Presencí esto algunas veces y amigos vieron casos impresionantes; mas prefiero no comentar aquí. Una cosa yo sé: el demonio tenía odio de él porque era totalmente de Dios.

En la Santa Casa muchas gracias el Señor derramó por medio de su hijo Guido. Son tantos los casos que no caben en este breve relato. Contaré apenas algunos:

Cierto sábado rezaba el rosario y predicaba a un grupo de enfermos. Entre ellos, un travesti, HIV positivo, que tocado por la gracia, se arrepintió de la vida pasada y abrazó la fe en Cristo. No era bautizado. El domingo, en presencia de su madre que lloraba copiosamente, recibió de las manos de Fray Anselmo, OFM, el bautismo, el Cuerpo de Cristo y la unción de los enfermos. Y pidió un rosario para rezar a Nuestra Señora. El martes siguiente hizo la Comunión Pascual.

En otra ocasión, durante la predicación a los enfermos, dijo a una señora que por problemas neurológicos no podía andar: “En el horario del Big Brother (en la Tele), en vez de ver esse programa que no le da nada de bueno, rece el rosario y pida la gracia que tanto desea”. Ella lo hizo así. En algunas semanas, para gloria de Dios y alegría de todos, la señora consiguió ir andando hasta la Capilla para la misa dominical.

Había un hombre en estado muy grave. La enfermedad afectaba el sistema inmunológico de modo que su cuerpo estaba cubierto de llagas, con aspecto de quemado. La piel se había desprendido en gran parte. Guido le habló del sacramento de la reconciliación, mas él no quería confesar porque “no mataba ni robaba, por lo que no tenía pecados” Guido respondió: Mire, yo tampoco mato ni robo, pero estoy lleno de pecados”. Y comenzó humildemente a contar sus pecados. El paciente, compungido, aceptó confesar-se. Por el ministerio de Fray Anselmo recibió el perdón, la unción de los enfermos y la eucaristía. En una semana las llagas desaparecieron. En la siguiente recibió alta. Su alegría era inmensa, así como su espanto!

Otro caso: Una mujer estaba con el cuerpo cubierto de heridas y erupciones. El tratamiento no producía mejoras. Guido, acompañado por otras personas rezaron por ella. En algunos días las heridas y erupciones fueron secando-se y desaparecieron totalmente.

Por su predicación y por las señales de Dios que la acompañaban, era procurado por mucha gente e solicitado en varios lugares. Dios operó numerosas conversiones y curaciones por su medio. Cuantos regresaron a la Iglesia con la ayuda de Guido! Son innumerables los testimonios de personas de todas las edades que se convirtieron o comenzaron a vivir seriamente su bautismo con esta ayuda.

!Que amor tenía a los más pobres, a los hermanos “moradores de rua”!. Ayudaba asiduamente a las Hermanas de Madre Teresa en su ministerio con los más necesitados junto a los Arcos da Lapa. En los casos más delicados llevaba los pobrecitos enfermos para ser atendidos en la Santa Casa.

Cierto día, a la salida de la Santa Casa, de noche, cansado de un duro trabajo de “plantonista”, vió un mendigo con la cabeza abierta por una pedrada. De la herida brotaban gusanos. Atendió al mendigo, limpió la herida y retiró los gusanos uno por uno mientras le hablaba de JESUS. Al final el mendigo agradeció y dijo: ”Ahora conozco a JESUS. Antes ya me habían hablado de él, pero ahora lo conozco por lo que usted me hizo y dijo”.

Una noche fría y lluviosa vió otro mendigo pasando frío. Se quitó la chaqueta y se la dió, quedando vestido solo con la camiseta. Prefirió él sentir frío y poder abrigar a Cristo que sufría en el hermano “de rua”.

Cierta vez se realizaba un acto eclesial en el Centro de la ciudad, no recuerdo si en la Catedral o en outra Iglesia. Se que había una gran multitud que se extendía a cielo abierto. Guido oyó los gritos de un mendigo irritado y vió que algunas personas le respondían con aspereza. Reconoció el mendigo -era uno de los que atendía en los servicios de las Hermanas de Madre Teresa- se acercó y le dió un apretado abrazo. El hombre comenzó a llorar, paró de gritar, se calmó. Todos quedaron admirados con la actitud de Guido. Una señora le dijo: “Estoy tantos años en la Iglesia y nunca vi algo semejante”.

En los años que trabajé como voluntario en la Santa Casa nos encontrábamos con frecuencia y charlábamos mucho. !Como era agradable conversar con él, como era provechoso compartir nuestras experiencias de Dios!.

Desde que él entró en el Seminario y yo en el Monasterio nos vimos pocas veces. E nunca más pudimos charlar con calma. Pero la Providencia quiso que en los tres días anteriores a su muerte nos encontrásemos en un Simpósio de la Facultad de S. Bento. En los intervalos conversamos como en los viejos tiempos. El Señor, en su delicadeza, quiso que nos despidiésemos cordialmente.

Hizo su “pascua” (su muerte) el primer viernes de mayo, día mes de bendiciones especiales del Corazón de JESUS y de María. En la misa ferial del día siguiente el salmo 120 decía: “Es muy sentida por el Señor la muerte de sus santos, sus amigos”.

En la misa de cuerpo presente la Iglesia de Nuestra Señora de Copacabana estaba repleta de fieles, hondamente conmovidos. No pude quedarme todo el tiempo pues debía volver al Monasterio. Parientes y amigos, seculares, religiosos y religiosas, seminaristas, decenas de sacerdotes concelebrando la Eucaristía presidida por el Arzobispo D. Oraní. En momento emocionante D. Oraní dijo: “Este joven deseaba ardientemente ser sacerdote”. Se dirigió al cuerpo de Guido y le entregó la estola sacerdotal. Delicadeza inspirada por el Espíritu.

Durante la velada del cuerpo, su madre D^a.Nazaré me comentó que Guido fué un hijo ejemplar, cumplió perfectamente el cuarto mandamiento, nunca levantó la voz a sus padres y les obedeció siempre. Al abrazarlo, su padre, Dr Guido, me dijo: “Obrigado”. Dr Guido, soy yo quien le debe decir “Obrigado”. Gracias, Dr. Guido e D^a Nazaré. Gracias por el gran amigo que ustedes me dieron.

Dios da, Dios quita. Bendito sea Dios. No perdí un amigo, pues solo pierde algo quien no sabe donde está. Con sua partida para juntarse a JESUS, el cielo entró en fiesta y ganamos un intercesor.

Guido: Esperanos, que estamos llegando. Un dia, todos nosotros, familiares y amigos, estaremos contigo para adorar a Dios, cara a cara, con júbilo sin fin.

Hermano Antonio Motta Simões, nov. OSB del Monasterio de Rio de Janeiro.
8 de mayo de 2009